

Los médicos recuerdan su experiencia inolvidable

PROFESOR PEDRO A. BARILLAS

Por Rogelio Franchi de Alfaro
De la Redacción del DIARIO DE LA MARINA

GRADUADO de Médico en la Universidad de La Habana, a los veintiún años de edad —nació en Consolación del Sur el 31 de enero de 1890— con el segundo expediente del curso, el profesor Pedro A. Barillas se dedicó a la especialidad de la gastroenterología, estudiando, con grandes sacrificios, más de dos años, en centros de perfeccionamientos médicos de Europa: escuelas de París, Berlín y Viena; tomó cursos en los hospitales de París con maestros de la talla de Vidal, Chauffard, Mathieu, Roux, Radot, Gutman, Duval, Goiffon y otros.

Cuando la medicina americana levantó su vuelo y en la gastroenterología surgieron las escuelas de Filadelfia, Chicago y New York, allá fué también el doctor Pedro A. Barillas a Convenciones, Congresos y Cursos. Proclamó en su alocución presidencial ante la Sociedad Cubana de Gastroenterología reunida por primera vez en diciembre de 1950, que los médicos cubanos no deben de tener fronteras para sus conocimientos y nutrirse en todas las fuentes para que puedan seguir la marcha del progreso.

Fué nombrado por Concurso Médico Interno del Hospital Mercedes; por concurso-oposición gastroenterólogo del Sanatorio del Centro de Dependientes; fué especialista de vías digestivas del Hospital Municipal durante más de veinte años; gastroenterólogo de la Cooperativa Médica de Dependientes.

Obtuvo el premio "Doctor Suárez Bruno" la primera vez que fué convocado por la Academia de Ciencias, Académico de número desde 1924 siendo actualmente secretario de la Sección de Medicina de la misma desde 1941; profesor de cursos del Colegio Médico; miembro titular y primer presidente de la Sociedad Cubana de Gastroenterología al fundarse en 1949; fué tesorero de la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana; secretario de la antigua Sociedad Médica de Socorros Mutuos —hoy Circulo Médico— ex vicesecretario de varios congresos médicos nacionales y tesorero del Primer Directorio del Retiro Médico.

Posee el doctor Barillas muchos títulos de sociedades médicas extranjeras, como de la de Gastroenterología de París; miembro fun-

dador de la Internacional de Gastroenterología, con sede en la ciudad de Bruselas; miembro de la National Gastroenterological Association; Fellow del American College of Gastroenterology y delegado oficial de la Sociedad Cubana de Gastroenterología ante la reunión de la Internacional en París, en junio del pasado año. (De la actuación personal del profesor Barillas en esta última justa médica, el DIARIO dió cuenta oportunamente, entrevistándolo al efecto).

II

Un científico como el profesor Barillas, con cuarentay cuatro años de ejercicio de la noble profesión de médico, es muy difícil que concrete una, dos o tres "experiencias inolvidables". Son muchos los casos graves que ha tenido que resolver, gracias a su larga experiencia, a sus conocimientos, al estudio continuo de la especialidad a que se dedica que le han llevado a ocupar, entre nuestra clase médica, una posición, considerándosele una de nuestras glorias indiscutibles.

Uno de los primeros casos importantes de su carrera y del que conserva una "experiencia inolvidable" por su significación patriótica en gran parte, lo tuvo en diciembre de 1915 —cuatro años después de haber obtenido su título en la Escuela de Medicina de La Habana. Fué cuando asistió al mayor general Jesús Rabi.

Padecía el glorioso caudillo de una neoplasia del estómago y se encontraba en estado crítico en su humilde residencia de Bayamo.

El presidente Menocal y el entonces secretario de Sanidad y Beneficencia, doctor Enrique Núñez, le pidieron a él y al Dr. Guiteras, para que se trasladaran a Bayamo y presentaran su asistencia al general Rabi.

"Encontramos el caso en estado muy avanzado, con un tumor palpable en el epigastro —nos dice el profesor Barillas— pero siendo imposible explorarlo radiológicamente por carácter de aparatos. El enfermo tenía más de ochenta años de edad, y después de varias hemorragias en forma de hematemesis —vómitos de sangre— y melena (deposiciones de sangre) los dolores que sufría obligaron a los médicos locales al uso frecuente de calmantes.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

"Poco después de nuestra llegada el enfermo entró en coma. El doctor Guiteras informó telegráficamente al Presidente de la República y regresó después a La Habana para atender la Dirección de Sanidad, quedando yo al frente de la asistencia.

El aparato circulatorio, hasta entonces normal, comenzó a complicarse. De toda la República se interesaban detalles del estado del enfermo; la prensa toda anunciaba el próximo desenlace fatal. Se preparó el Decreto Presidencial declarando duelo nacional hasta que fuera inhumado el cadáver. Los boletines médicos que el profesor Barillas expedía eran cada vez peores. Hubo ocasiones en que sin pulso, durante horas, se recobraba por largo tiempo. Tenía el veterano guerrero una naturaleza de acero que resistía todos los embates. Recuerda el doctor Barillas aquel cuerpo con múltiples cicatrices de heridas recibidas en las guerras libertadoras, en una piel de pergamino adherida al hueso; más que un moribundo lucía una momia. Parecía más que muerto, y su corazón continuaba latiendo.

En ese estado resistió cinco días, hasta que el heroico se hundió. Fué una prolongada agonía, como la de Victor Hugo, en que más de una vez la edición de un periódico parisién fué aplazada inútilmente por querer dar la noticia de su muerte.

III

El éxito y el fracaso enseñan por igual si se saben interpretar juiciosamente. Es frecuente obtener un éxito a pesar de habernos equivocado.

En 1943, nos dice el eminente gastroenterólogo, hicimos operar a un enfermo de 54 años con un diagnóstico de úlcera gástrica crónica callosa de la curvatura menor, apoyado en unas claras radiografías hechas por un competentísimo radiólogo. Era un enfermo que en dos ocasiones anteriores había escapado de la muerte gracias a las abundantes transfusiones que detuvieron sendas hemorragias masivas.

Practicó la intervención uno de nuestros más eminentes cirujanos, en presencia de una docena de médicos amigos y correligionarios. Con sorpresa y estupor, apenas abierto el vientre, apareció una gran tumuración que invadía parte de la cara anterior del estómago y su curvatura menor con anherencias a los órganos vecinos que imposibilitaba una gastrectomía.

Cerrado el vientre, sin hacer siquiera una biopsia, quedó todo igual a como estaba antes de abrirlo.

"Confesamos a los familiares que no había podido hacerse nada y al enfermo se le dijo que le habíamos suprimido la úlcera de su estómago. Todos esperamos una corta supervivencia, pero con gran extrañeza el enfermo fué mejorando progresivamente hasta



Profesor Pedro A. Barillas

llegar a restablecerse. Jamás volvió a tener hemorragias, alguno que otro sintoma de dipepsia banal desapareció y pudo comer toda clase de alimentos".

Los trajines políticos y la dirección de un periódico en la provincia pinareña, lo alejaron de la capital, pero de tiempo en tiempo venía a la consulta del doctor Barillas, acompañando a familiares o amigos. El año pasado recibió el doctor Barillas, sorpresivamente, la noticia de que había fallecido casi instantáneamente en una finca, a causa de un infarto de miocardio. Habían pasado once años de su operación en la que fué desahuciado y le proporcionó al doctor Barillas una increíble "experiencia inolvidable".

IV

Lo que vamos a relatar podemos denominarlo "una patriótica experiencia inolvidable" del profesor Barillas. No es, por tanto, propiamente de su ejercicio profesional. Se trata de un incidente en el que intervino cuando tomaba el Curso de Microbiología del Instituto Pasteur, de París, en 1913. Inscribirse en él para posgraduados era extremadamente difícil, pues su matrícula estaba limitada a 50 médicos y de todas partes del mundo llegaban las solicitudes, debido a su prestigio universal y al renombre de sus profesores: Roux, Metchnikoff, Leveran, Calmette, Nicolle, Levaditi, etc. El doctor Barillas logró ingresar porque preferían diversificar las nacionalidades de los seleccionados y el único cubano que aspiraba era él.

Terminada la primera conferencia, uno de los jefes de los trabajos prácticos comenzó a formar grupos de cinco alumnos para distribuir las tareas. En el grupo del doctor Barillas, había dos franceses, un peruano y una alemana. Después de las presentaciones de rigor, la doctora alemana, al oír la nacionalidad del profesor Barillas, preguntó extrañada:

"¿Cuba? No sé. ¿Dónde está?". A lo que respondió el doctor Barillas: "Sí, de La Habana".

Ella contestó: "Ah, sí, el país del tabaco, La Habana. Debe ser un país muy pequeño porque yo no lo conocía".

"Me senti humillado delante del profesor y del grupo allí reunido, nos dice el doctor Barillas, alegrándonos: pero quedé satisfecho al replicarle a la teutona: Usted es doctora e ignora dónde está Cuba. Sin embargo en Cuba, país tan pequeño, cualquier bachiller sabe que Alsacia y Lorena son de Francia". El silencio que siguió a mi explosión fué interrumpido por el jefe de trabajos cuando dijo: Ha sido una bella lección de geografía".

"Yo había anticipado uno de los resultados de la primera guerra mundial, que estalló al año siguiente", termina el profesor Barillas.

DM, at 17/55